

HOMENAJE

Toro sin guía

Y en fin, pasando luego al dominio de la
(muerte.
César Vallejo.

Tiempo de mitigar que no ilumina
tu muerte, dada al toro y confinada
a tu voz que se exprime y se anonada
en ternura sin piel que te domira.

Estoy de pie en tu rostro y en tu mina
y oigo callar tu muerte desollada,
me acerco y en ceniza iluminada
estoy donde tu frente me declina.

Nada sumo por no perder la suma,
que en tu sien amanece, desde herida,
ese río sin río que convida

a desolar la lluvia que te abruma.
Nada vivo por no perder la vida,
ni la eterna raíz que te consuma.



Manuel Rodríguez "Manolete" Dibujo de
Zsyzlo.

Raúl Deustua

Imágen perenne de Manuel Rodríguez

un pastor, un guerrero de relente...
Un claro caballero de rocío,
MIGUEL HERNANDEZ

Un beduino de cal enmudecido o su sombra de hienas, díscola a veces cuando en el torneo se sobrepasaba el moribundo arsénico aterrado, dormía en su frente, ebrio, sobre la cola de aquella salamandra de los vinos españoles, de aquella extraña corona que lentamente caía desde los claros aposentos de su sangre. Más cabía pensar que estaba envuelto en dioses nunca antes requeridos, nunca evocados, apenas vivos en medio de su fuego y los caballos.

Un beduino, o mejor dicho, una cabeza que pendía cubierta de acero suave y lágrimas desde ojivas permanentes, desde ojivas mojadas de tarde acartonada, pétrea.

Un beduino, una gárgola triste y delicada, un monje entre cilicios.

Un beduino, un hijo o un padre, un labrador que abría con sus armas la entraña de los sueños y desde dentro de ellos inventaba las muertes venideras, los alimentos, ácido, pluma.

Un beduino, ángel Manuel, odio y amor Manuel, que estuvo eterno.

Sebastián Salazar Bondy